

Cómo es el Espíritu Santo

> ES SIMPLE Y DIVERSO, INACCESIBLE PERO CERCANO AL MISMO TIEMPO Y, CUANDO SE DIVIDE, SE MULTIPLICA; ASÍ LO EXPLICA UNO DE LOS GRANDES SANTOS DEL SIGLO IV.

¿Quién, habiendo oído los nombres que se le dan al Espíritu, no siente levantado su ánimo y no eleva su pensamiento hacia la naturaleza divina? Ya que es llamado Espíritu de Dios y Espíritu de verdad que procede del Padre; Espíritu firme, Espíritu generoso, Espíritu Santo.

Todos los que sienten necesidad de santificación dirigen su mirada hacia Él y hacia Él tiende el deseo de todos los que llevan una vida virtuosa. Su soplo es para ellos como un "riego" que los ayuda a lograr su fin propio y natural.

Él es fuente de santificación, luz de nuestra inteligencia, y es quien da, de sí mismo, una especie de claridad a nuestra razón natural, para que conozca la verdad.

Inaccesible por su naturaleza, se hace accesible por su bondad; todo lo llena con su poder. Pero se comunica solamente a los que son dignos de ello, y no a todos en la misma medida, sino que distribuye sus dones según la fe de cada uno.

Simple en su naturaleza, diverso en su virtualidad, Él está presente en cada uno, sin dejar de estar en todas partes. Se divide pero en nada queda disminuido; todos participan de Él, aunque Él permanece intacto, a la manera del rayo de sol, del que cada uno se beneficia como si fuera para él solo y, con todo, ilumina la tierra y el mar y se mezcla con el aire.

Así también el Espíritu Santo está presente en cada uno de los que son capaces de recibirlo, como si estuviera en Él solo, infundiendo a todos la totalidad de la gracia que necesitan. Gozan de su posesión todos los que participan de Él, en la medida en que lo permite la disposición de cada uno, pero no en la medida del poder del mismo Espíritu.

Por Él, los corazones son elevados hacia lo alto, los débiles son llevados de la mano, los que ya van progresando llegan a la perfección; ilumina a los que están limpios de toda mancha y los hace espirituales por la comunión con Él.

Y, del mismo modo en que los cuerpos limpios y transparentes se vuelven brillantes y despiden un nuevo fulgor cuando los alcanza un rayo de luz, así las almas portadoras del Espíritu e iluminadas por Él se hacen también espirituales e irradian a los demás su gracia.

De Él procede el conocimiento de las cosas futuras, la inteligencia de los misterios, la comprensión de las cuestiones ocultas, la distribución de dones, el trato celestial y la unión con los coros angélicos; de ahí deriva el gozo que no termina, la perseverancia en Dios, la semejanza con Él y, lo más sublime que pueda imaginarse, nuestra propia deificación.

San Basilio Magno*

| *Sobre el Espíritu Santo, Cap. 9, núms. 22-23: PG 32, 107-110.